

KANJI PARA RECORDAR I

*Curso mnemotécnico para
el aprendizaje de la escritura y
el significado de los caracteres japoneses*

James W. Heisig
con
Marc Bernabé y Verònica Calafell

Herder

Título original: Remembering the Kanji: A complete course
on how not to forget the meaning and writing
of Japanese characters (5 2007)

Diseño de la cubierta: Claudio Bado y Mónica Bazán

© 2001–2003, James W. Heisig, Marc Bernabé, Verónica Calafell

© 2001–2003, Empresa Editorial Herder, S.L., Barcelona

ISBN 84-254-2318-X

*La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso
de los titulares del copyright está prohibida al amparo de la legislación vigente.*

Imprenta: Tesys

Depósito legal: B-11.687-2003

Printed in Spain

Herder

www.herder-sa.com

Índice

Prefacio a la versión española	7
Introducción	9
PARTE PRIMERA: <i>Cuentos</i> (LECCIONES 1-12)	23
PARTE SEGUNDA: <i>Argumentos</i> (LECCIONES 13-19)	135
PARTE TERCERA: <i>Componentes</i> (LECCIONES 20-56)	207
Índices	
I. Kanji	451
II. Componentes	470
III. Kanji según número de trazos	473
IV. Palabras clave y significados de componentes	485

Prefacio a la versión española

Marc Bernabé y Verònica Calafell

ESTE LIBRO ES una reinvencción en castellano del ya clásico libro que James W. Heisig escribió en el año 1977 y que ha demostrado su validez y su rabiosa función didáctica durante todos estos años: *Remembering the Kanji: A complete course on how not to forget the meaning and writing of Japanese characters*. Con él, miles de estudiantes de japonés de todo el mundo han podido superar el temible escollo que representan los kanji de este bello idioma, calificado por los exploradores y misioneros portugueses del siglo XVI como «lengua del diablo» por su dificultad.

La mayoría de los estudiantes de japonés se empeñan en desesperarse, pensando que los kanji solamente se pueden aprender ante una mesa, hincando los codos en ella y escribiendo una y otra vez el mismo carácter, a base de un colosal esfuerzo memorístico. Nosotros mismos hemos luchado con el mismo problema durante años y, efectivamente, es desesperante. Sin embargo, este libro demuestra que, si contamos con una buena estructura y un buen método «imaginativo», como lo llama el Dr. Heisig, el muro que representan los kanji puede derribarse sin tanto esfuerzo. Esperamos que muchos otros estudiantes puedan también derribar este muro a través de esta versión en castellano.

La creación de este libro fue un trabajo colaborativo, hecho posible gracias a un año sabático del Dr. Heisig en la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona. A partir de nuestro contacto, la idea de hacer una versión española de *Remembering the Kanji* empezó a plantearse ya no como una idea, sino como una realidad que tardó pocos pero muy intensos meses de contacto diario en materializarse.

Calificamos esta versión castellana como de «reinvencción» más que de «traducción», porque gran parte de los contenidos de la obra original están estructurados sobre juegos de palabras o asociaciones culturales que hacen imposible una «traducción» en el sentido más ortodoxo de la palabra. Sin embargo, tanto el método como la disposición de los caracteres son completamente fieles al original.

Otro gran escollo para la preparación de este libro es la selección de *una* sola palabra clave concreta para cada uno de los kanji. Tengamos en cuenta que los kanji son una forma de escritura milenaria, y que los caracteres han venido cambiando tanto de forma como de significado a través de los años, y en la actualidad muchos de ellos tienen varios significados que incluso en ciertos casos son contradictorios. Cuando ha sido posible, hemos elegido el sentido predominante del kanji. En otros casos, hemos elegido sentidos secundarios por usarse dichos sentidos en las combinaciones de kanji más frecuentes o simplemente porque el sentido principal había sido adoptado ya por otro kanji de anterior aparición.

Sin embargo, no hemos podido evitar que haya varias palabras clave con sentidos puramente sinónimos. Lo que sí hemos descartado han sido palabras con la misma raíz (por ejemplo, «confianza» y «confiar») para representar kanji distintos. Incluso así, hay casos en los que es prácticamente imposible encontrar otra solución por falta de sinónimos apropiados. La mayoría de los problemas mencionados surgen en la tercera parte del libro, en la que el lector debería tener ya la suficiente autonomía como para cambiar a su antojo una palabra clave que no crea apropiada, eso sí, andándose siempre con mucho cuidado porque se trata de una operación en la que el tiro puede salir muy fácilmente por la culata.

Por último, hemos tenido muy en cuenta que el público de este libro está en todo el mundo hispanohablante y no solo en un país concreto. Por ello, hemos intentado utilizar un español «neutro», entendible en España y en toda Latinoamérica. Así, hemos evitado palabras y expresiones totalmente normales en España pero extrañas o incluso malsonantes en ciertos países americanos, y viceversa. Si por error o ignorancia hemos utilizado españolismos, agradeceríamos que se nos advirtiera de ellos para corregirlos en futuras ediciones.

Nos gustaría agradecerle al Dr. Heisig la confianza que ha depositado en nosotros para crear la versión en español de su libro y por estar siempre ahí, brindándonos sus valiosos consejos e indicaciones. Gracias también a la Editorial Herder por su interés en el proyecto y por haber posibilitado su publicación en condiciones algo extraordinarias.

L'Ametlla del Vallès (Barcelona)

4 de febrero de 2001

Introducción

James W. Heisig

EL OBJETIVO DE ESTE libro es proporcionar al estudiante de japonés un método sencillo para correlacionar la escritura y el significado de los caracteres japoneses de modo que ambos aspectos resulten fáciles de recordar. El libro no está únicamente pensado para el principiante, sino también para el estudiante más avanzado que desee obtener una solución al constante sentimiento de frustración que surge al olvidar cómo escribir los kanji, y para el estudiante que desee un modo de sistematizar lo que ya conoce. Este método ofrece una nueva perspectiva desde la cual aprender los kanji, mostrando cómo desglosar las complejidades del sistema de escritura japonés, señalando sus elementos básicos y sugiriendo modos de reconstruir los significados a partir de dichos elementos.

Existen, por supuesto, muchas cosas que las páginas de este libro *no* harán por nosotros. No vamos a encontrar nada sobre cómo se combinan los kanji para formar palabras compuestas. Ni tampoco hablaremos de los distintos modos de pronunciar los caracteres. Además, se han omitido todo tipo de cuestiones relacionadas con su uso gramatical. Todos estos son temas que deben ser tratados de forma especial e independiente. De todos modos, podemos simplificar enormemente la memorización del significado y de la escritura de los kanji —que quizás sea la barrera más difícil de superar con creces al aprender japonés— si aislamos ambos aspectos y los estudiamos por separado.

KANJI PARA OLVIDAR Y KANJI PARA RECORDAR

Lo que hace que sea tan fácil olvidar los kanji es que *carecen de conexión alguna con los patrones normales de la memoria visual*. Estamos acostumbrados a las montañas y a las carreteras, a las caras de la gente y al aspecto de las ciudades, a las flores, a los animales y a los fenómenos naturales. Aunque solamente podamos recordar inmediatamente una fracción de lo que vemos, estamos seguros de que, si prestamos suficiente atención, podremos recordar cualquier cosa que queramos. Esta confianza no existe en el mundo de los kanji. La aproximación más cercana al tipo de patrones de memoria que requieren los kanji son los diversos alfabetos y sistemas numerales que conocemos. La diferencia estriba en que, mientras dichos símbolos suelen ser

pocos y muchas veces están relacionados con sonidos, los kanji son miles y no tienen valores fonéticos consistentes. No obstante, los métodos tradicionales para aprender los caracteres japoneses han venido siendo hasta ahora los mismos que los métodos para aprender los alfabetos: repetir las formas una por una, una y otra vez, año tras año. Dejando aparte todo valor ascético que pudiera tener dicha actividad, el modo más efectivo sería primero el de relacionar los caracteres a algo no relacionado con su sonido, para así romper vínculos con la memoria visual, en la que confiamos al aprender los alfabetos.

Los orígenes del sistema de escritura japonés se remontan a la antigua China, al siglo XVIII antes de la era cristiana. La escritura china, en la forma en la que la encontramos codificada unos 1.000 años más tarde, consistía básicamente en detallados caracteres pictográficos. Al transcurrir los siglos, dichos caracteres sufrieron varias transformaciones y un proceso de estilización, así que en el momento en el que los kanji fueron introducidos en Japón, gracias a unos monjes budistas de Corea, y los japoneses empezaron a experimentar con la escritura china para ver cómo la podían adaptar a su propio idioma (aproximadamente entre los siglos IV y VII de nuestra era), ya se trataba de caracteres mucho más ideográficos y abstractos. Los japoneses efectuaron sus propias contribuciones y cambios con el tiempo, algo que cabía esperar. Y siguen haciéndolo, como cualquier otra cultura oriental moderna que utilice los kanji, aunque más en cuestiones de uso que de forma.

Esta historia es tan fascinante que muchos han respaldado el estudio de la etimología como un modo de aprender los kanji. Sin embargo, el estudiante se da cuenta rápidamente de los muchos puntos débiles de dicho enfoque. Es muy atractivo ver el antiguo dibujo de una mujer grabado tras su respectivo kanji, o descubrir la forma rudimentaria de una mano, un árbol o una casa. Pero cuando apartamos la vista del carácter, la clara memoria visual del familiar objeto sirve de poco para recordar cómo escribir el kanji. Los estudios etimológicos son de mayor ayuda *tras* haber aprendido los kanji de uso general. Antes de eso, lo único que hacen es añadir más obstáculos a la memoria. Necesitamos distanciarnos de forma mucho más radical de la memoria visual.

Vamos a describirlo de un modo alternativo más gráfico. Imaginémosnos llevando un caleidoscopio a la luz y manteniéndolo lo más inmóvil que nos sea posible. Intentemos grabar en la memoria el peculiar dibujo que el juego de luz, espejos y piedrecitas de colores ha formado. Es posible que nuestra memoria no esté lo suficientemente habituada a estas cosas y que tardemos un rato, pero supongamos que lo conseguimos tras unos minutos. Cerramos los ojos, trazamos el dibujo en nuestra mente y a continuación comparamos nuestra propia imagen con la original hasta que estamos seguros de que la hemos memorizado bien. En ese momento, pasa alguien y nos da un golpe en el codo. Se pierde el dibujo y aparece una nueva combinación en su lugar. Nuestra memoria empieza inmediatamente a dispersarse. Apartamos el calei-

doscopio, nos sentamos e intentamos redibujar lo que acabábamos de memorizar; pero es inútil. No existe nada en nuestra memoria a partir de lo cual podamos sostener la imagen. Los kanji son exactamente lo mismo. Podemos sentarnos en nuestro escritorio y escribir y reescribir media docena de caracteres durante una hora o dos pero al día siguiente descubriremos que, al ver algo similar, se borra nuestra memoria anterior o a lo sumo la nueva información confunde irremediablemente a la antigua.

Pero esto no es lo más curioso. Lo más curioso es que en lugar de admitir abiertamente que eso es culpa de la memoria visual, nos acusamos de tener poca memoria o de falta de disciplina y seguimos empeñados en estudiar una y otra vez con los mismos métodos. Así que si conseguimos darnos cuenta de que el problema radica en un uso impropio de la memoria visual, podremos entrever las posibilidades de otro tipo de memoria que podría ocuparse con relativa facilidad de la tarea: la *memoria imaginativa*.

Llamamos memoria imaginativa a la capacidad de evocar imágenes creadas puramente en la mente, sin contar con el apoyo de ningún tipo de estímulo visual real o recordado. Cuando nos acordamos de nuestros sueños estamos utilizando la memoria visual. El hecho de que muchas veces mezclemos lo que nos ha pasado en la vida real con lo que ha ocurrido en un sueño es un indicativo de la fuerza que pueden llegar a tener estos estímulos imaginativos. Los sueños se pueden desglosar en partes discernibles, mientras que el total del sueño es fantástico; pero aun así los sueños tienen el poder de ejercer la misma fuerza sobre la memoria perceptiva que los estímulos externos. También es posible utilizar la imaginación de este modo mientras estamos despiertos, y utilizar todas sus capacidades para ayudar a una memoria visual que, definitivamente, no tiene capacidades suficientes para evocar los kanji.

Dicho de otro modo, si logramos descubrir un número limitado de elementos básicos en los caracteres y hacer una especie de alfabeto con ellos, dándole a cada uno una imagen propia, juntándolos para obtener otras imágenes, y de este modo construir complejos cuadros en la imaginación, podremos superar la barrera creada por la memoria visual. Este alfabeto imaginativo debería ser tan riguroso como uno fonético al restringir cada elemento a un solo valor básico; pero su gramática carecería de la mayoría de los controles del lenguaje ordinario y de la lógica. Sería como una especie de mundo de ensueño en el que todo podría ocurrir, y además de modo distinto para cada persona. La memoria visual se utilizaría mínimamente, solamente para construir el alfabeto. Después de ello, cada cual sería libre de vagar a su antojo por el interior de la lámpara mágica de los patrones imaginativos, según sus propias preferencias.

De hecho, muchos de los estudiantes del sistema de escritura japonés realizan algo semejante de vez en cuando, creando sus propias ayudas mnemotécnicas, pero nunca desarrollando una base organizada para utilizarlas. Del

mismo modo, muchos de ellos deben de sentirse avergonzados por la estupidéz académica de sus propios métodos, y deben de lamentarse de que no haya manera de mejorar el ridículo modo con que opera su cerebro. Pero si *realmente* funciona, entonces sí hay razón de ser para esta irreverencia ante los métodos de enseñanza. Además, desplazar el foco de atención desde el por qué *olvidamos* algunos kanji al por qué *recordamos* otros debería ser suficiente motivación para intentar realizar una sistematización de la memoria imaginativa.

LA ESTRUCTURA DE ESTE LIBRO

Podemos llamar «componentes» a las unidades del alfabeto básico del mundo imaginativo escondido tras los kanji. No hay que confundir estos elementos con los llamados «radicales» que forman la base de los estudios etimológicos del sonido y el significado, y que se utilizan actualmente para ordenar léxicamente los caracteres. De hecho, muchos de los radicales son componentes por sí mismos, pero el número de componentes no se limita a la tradicional lista de radicales.

Los componentes, por consiguiente, son los trazos y las combinaciones fundamentales con los que se construyen los caracteres. Caligráficamente hablando, solo hay nueve tipos de trazos posibles en la teoría y diecisiete en la práctica. Unos pocos de ellos obtendrán *significados como componente*; es decir, los utilizaremos como imágenes fundamentales. A su vez, las combinaciones simples engendrarán nuevos significados como componente, y el proceso seguirá adelante a medida que construyamos caracteres más complejos. Si presentamos ordenadamente estos componentes, la taxonomía de los caracteres más complejos se simplificará considerablemente. No vale la pena memorizar independientemente el alfabeto de componentes: simplemente utilizándolo tendremos suficiente.

El número de componentes, tal y como entendemos el término, es discutible. La etimología tradicional cuenta unos 224 de ellos. Aquí nos inspiraremos libremente en la etimología tradicional, y basaremos además algunos de los significados de nuestros componentes en significados etimológicos sin ni siquiera mencionarlos. Por otro lado, nuestro camino se distanciará de la etimología con el fin de evitar confusiones causadas por el gran número de significados parecidos en componentes cuya forma es radicalmente distinta. Siempre que sea posible, pues, conservaremos el significado genérico de los componentes, aunque en ocasiones nos veremos obligados a especificar el significado de un modo distinto, o incluso a distanciarnos completamente de él para que nuestra memoria imaginativa no se centre en imágenes familiares de la memoria visual. Si el estudiante desea dedicarse luego al estudio etimológico, el procedimiento que hemos seguido en este libro se hará todavía

más transparente a sus ojos y en modo alguno supondrá un obstáculo para el aprendizaje de esta disciplina.

La lista de elementos que hemos considerado componentes (ÍNDICE II) está restringida a los cuatro casos siguientes: los componentes básicos que no son kanji; los kanji que aparecen frecuentemente como componentes básicos de otros kanji; los kanji cuyo significado cambia cuando funcionan como partes de otro kanji; y, finalmente, los kanji cuya forma cambia cuando forman parte de otro kanji. Cualquier kanji que mantenga tanto la forma como el sentido y que aparezca como parte de otro kanji *funciona* como componente, ocurra o no con la frecuencia necesaria para prestarle atención en tanto que componente.

Los 2.200 kanji elegidos para su estudio en estas páginas (ordenados según cómo se presentan en el ÍNDICE I y ordenados, a su vez, según el número de trazos en el ÍNDICE III) incluyen los 1.945 kanji de uso general establecidos como tales por el Ministerio de Educación japonés en 1981, otros 60 kanji utilizados principalmente para la formación de nombres propios, y un puñado de caracteres útiles por su utilización en tanto que componentes. En 2010 se añadieron otros 196 kanji a la lista de uso general, 39 de los cuales ya habían sido presentados en las ediciones anteriores de este libro.

A cada uno de los kanji le asignamos una *palabra clave* que representa su significado básico, o como mínimo uno de sus significados básicos. Las palabras clave han sido elegidas sobre la base de cómo se utiliza el kanji en compuestos o del significado que ya tiene por sí solo. (190 de los kanji que aparecen en este libro se utilizan normalmente en nombres propios de persona, y algunos de ellos no tienen ningún otro uso en el japonés estándar. Aun así, se ha asignado una palabra clave unívoca a cada uno). En ningún caso repetiremos una palabra clave aunque muchas son casi sinónimas. En estos casos, es importante centrarse en las características diferenciales que la palabra clave tiene en español, para así evocar distintas connotaciones para palabras clave similares. Es decir, muchos de los caracteres conllevan una serie de connotaciones que no encontramos en su equivalente español y viceversa; muchos incluso implican varias ideas que no podemos expresar con una sola palabra en español. Al simplificar los significados con el uso de una sola palabra clave, sin embargo, podemos llegar a familiarizarnos con un kanji y, como mínimo, con uno de sus principales significados. Los demás pueden añadirse después con relativa facilidad, de forma similar a cómo enriquecemos nuestra comprensión de la lengua nativa a través del aprendizaje de toda una serie de sentimientos y sentidos presentes en palabras que ya conocíamos.

Una vez tenemos los significados de los componentes y la palabra clave de un kanji en particular (catalogados en el ÍNDICE IV), la tarea será ahora crear una propuesta de ideograma. Aquí es donde la fantasía y la memoria entran en juego. El objetivo es sorprender a la mente, provocarle asco, fascinación, fas-

tidiarla o entretenerla sea como sea a fin de estampar en ella una imagen íntimamente relacionada con la palabra clave. Esa imagen, a su vez, y en tanto que está formada por significados de componentes, dictará precisamente cómo se escribe el kanji —trazo a trazo, parte a parte. Muchos caracteres, tal vez la mayoría de ellos, pueden recordarse desde el primer momento, siempre que el estudiante se tome el tiempo necesario para fijar la imagen en su mente. Otros requerirán una revisión para que el estudiante se concentre en la asociación de la palabra clave y los componentes. De esta forma, se elimina el mero hincapié en la memoria visual.

El objetivo de este libro no es solamente recordar un cierto número de kanji, sino también enseñar cómo recordar estos caracteres y otros no incluidos en este libro, y por ello hemos dividido el curso en tres partes. En la PRIMERA PARTE proporcionamos los cuentos asociativos completos de cada carácter. Gran parte del trabajo del estudiante estará hecho, al dirigir su atención al menos durante el tiempo que se tarda en leer la explicación y relacionarla con la forma escrita del kanji; además, en esta parte el estudiante comprenderá y se familiarizará con el método. En la SEGUNDA PARTE solamente daremos los argumentos de estos cuentos, y cada cual deberá añadir sus propios detalles basándose en su memoria personal y, sobre todo, en su imaginación. La TERCERA PARTE, que abarca la mayor parte del curso, proporciona solamente la palabra clave y los significados de los componentes, dejando el resto del proceso en manos del estudiante.

Pronto se hará evidente que el factor esencial en este método es el *orden de aprendizaje de los kanji*. El método es de lo más sencillo: una vez aprendidos los caracteres más básicos, su uso como componentes para formar otros kanji puede ahorrar mucho esfuerzo y posibilitar que uno pueda repasar los kanji que ya conoce al mismo tiempo que aprende otros nuevos. De este modo, pues, estudiar arbitrariamente este curso, saltándose lecciones antes de tener bien aprendidos los kanji de lecciones anteriores, conllevará una pérdida considerable de eficacia. Si se pretende aprender a escribir todos los kanji que se encuentran en la lista de uso general, es mejor aprenderlos en el orden que sea más apropiado para su memorización, y no en el orden de frecuencia o en el orden en el que se enseñan en las escuelas japonesas. Sin embargo, si el estudiante decide seguir otro curso, en los índices podrá encontrar toda la información básica necesaria para dar con el cuadro adecuado y los componentes a los que se hace referencia en dicho cuadro.

Algún lector podría sorprenderse al no hallar ningún dibujo o representación pictográfica cuando hojee este libro. La razón de la ausencia de representaciones pictográficas es coherente por entero con lo que hemos comentado anteriormente acerca de enfatizar la memoria imaginativa. Por un lado, los pictogramas son un modo poco fiable de recordar solamente unos pocos kanji; incluso en dichos casos, el estudiante, más que *encontrarse* con una de

las formas gráficas históricas del kanji, lo que debería hacer es *descubrir* el pictograma al jugar con las formas bolígrafo en mano. Por otro lado, proporcionar una imagen suele inhibir la imaginación y limitarla al punto de vista del artista que la creó. Esto es tan válido para las ilustraciones de un cuento de hadas como para los varios fenómenos con los que nos vamos a topar a lo largo de este libro. Cuanto más trabajo original realice cada estudiante con una imagen, más fácil le será recordar el kanji.

AVISOS Y CONSEJOS

Antes de empezar con el curso presentado a lo largo de las páginas siguientes, deberíamos especificar unas pocas cosas más. Primeramente, cabe advertir acerca de los riesgos de tener demasiada prisa. En ningún caso hay que confiarse, aunque nos sintamos tentados de pensar que podemos obviar los primeros kanji rápidamente porque son elementales. El método que presentamos aquí debe ser aprendido paso a paso si no queremos vernos obligados a volver a las primeras páginas para empezar de nuevo. Unos veinte o veinticinco caracteres al día es un número no excesivo para alguien que puede dedicar un par de horas diarias al estudio. Si se dispone de todo el día, no es descabellado pensar que se puede terminar enteramente el curso en cuatro o seis semanas. Llegado al punto de terminar la PRIMERA PARTE, es lógico suponer que el estudiante ya habrá encontrado un ritmo de avance compatible con su tiempo disponible.

En segundo lugar, el estudiante debería tomarse en serio el reiterado consejo de estudiar los caracteres con un bloc de notas y un lápiz en mano. Descubriremos que el hecho de recordar los caracteres no requiere tenerlos que escribir, pero que no hay mejor modo de mejorar la apariencia estética de nuestra caligrafía ni de adquirir un «sentido natural» acerca del fluir de los kanji que escribirlos. El método nos liberará de la obligación de tener que escribir una y otra vez el mismo carácter para aprenderlo, pero no proporcionará la fluidez al escribir que solamente se obtiene mediante la práctica constante. Si por alguna razón no nos es práctico el uso de papel y lápiz, se pueden «escribir» los kanji ficticiamente en la palma de la mano, al igual que hacen los japoneses. La palma de la mano forma un cuadrado perfecto, de la medida idónea para garabatear los caracteres con el dedo índice mientras estamos en el autobús o andando por la calle.

Tercero, es mejor repasar los kanji empezando por la palabra clave, yendo hacia el cuento respectivo y a continuación escribiendo el carácter. Una vez hayamos completado estos pasos, recordar el orden contrario será pan comido. Más adelante ampliaremos este aspecto.

En cuarto lugar, es importante especificar que el mejor orden para *aprender* los kanji no es en modo alguno el orden en que necesitarás *recordarlos*. Es

decir, hay que recordarlos según la situación requiere, no según la pedagogía de este curso o de nuestro aprendizaje. En la LECCIÓN 5 se proporcionan recomendaciones para crear tarjetas de estudio para el repaso aleatorio.

Finalmente, vale la pena reflexionar un instante acerca de las ambiciones que podríamos tener sobre «dominar» completamente el sistema de escritura japonés. Esta idea proviene, o al menos se apoya, en un punto de vista sobre el aprendizaje generado por una sobreexposición a la escolarización: la noción de que el lenguaje es un conjunto de habilidades que se pueden dividir racionalmente, aprender sistemáticamente y certificar a través de exámenes. Los kanji, junto con la estructura mucho mayor del idioma japonés (y por supuesto, de cualquier otro idioma) se resisten tercamente a ser dominados de este modo. El orden racional que hemos impuesto a los kanji en este libro está pensado simplemente como una ayuda para llegar lo suficientemente cerca de los caracteres como para trabar amistad con ellos y dejarse sorprender, inspirar, iluminar, resistirse y seducir. No obstante, no se pueden dominar sin tener amplias nociones sobre su larga y compleja historia ni sin contar con una percepción acerca de su impredecible vitalidad —algo que está mucho más allá de las capacidades de una única mente y de un solo lápiz.

Dicho todo esto, reiteramos que el objetivo de este libro sigue siendo el de permitir la obtención de capacidades nativas para escribir los caracteres japoneses y asociar sus significados con sus formas. Si la sistematización lógica y la irreverencia traviesa contenidas en las siguientes páginas pueden salvar al menos a unos pocos de aquellos que han decidido continuar su estudio de la lengua japonesa sin aspirar a obtener dichas capacidades plenas, los esfuerzos que se han invertido en este libro obtendrán un más que merecido premio.

AUTOESTUDIO Y ESTUDIO EN CLASE

A medida que este libro se iba reimprimiendo una vez tras otra, tuvimos a menudo la tentación de reconsiderar bastantes de las palabras clave y los sentidos de los componentes. Tras considerar y revisar detenidamente los centenares de comunicaciones recibidas de estudiantes de todo el mundo, y tras los numerosos ajustes requeridos para las versiones en otros idiomas, hemos decidido dejarlo prácticamente tal cual, añadiendo solo algunos retoques menores. Sin embargo, hemos notado dos cuestiones relacionadas que surgen con suficiente frecuencia como para merecer un comentario: el uso de este libro en combinación con cursos formales de japonés, y el tema de la pronunciación o «lecturas» de los kanji.

Habiendo completado unas pocas lecciones de este libro, el estudiante se dará cuenta de que este método se ha creado para el autoestudio. Lo que no es tan evidente es que *utilizarlo como suplemento al estudio de los kanji en una academia o para repasar para exámenes tiene una influencia adversa en el*

proceso de aprendizaje. Cuanto más intentes combinar el estudio de los kanji escritos mediante el método presentado en estas páginas con el estudio tradicional de los kanji, menos te servirá este libro. No conocemos ninguna excepción.

Casi todos los profesores de japonés, nativos y extranjeros, estarían de acuerdo en que aprender a escribir los kanji con capacidades nativas es el obstáculo más grande para el adulto extranjero que se enfrenta a la lengua japonesa. De hecho, es tan grande que se *cree* que es insuperable. Después de todo, si incluso los japoneses, que han invertido nueve años en aprender a escribir formalmente los caracteres y los usan todos los días, tienen dificultades para recordar cómo reproducirlos, ¿no es descabellado suponer que los que no han sido criados con los kanji desde su niñez, incluso con la mejor de las intenciones y los mejores métodos de estudio, puedan llevar a cabo tamaña hazaña? Un profesor nunca podrá exponer abiertamente un punto de vista como este en el aula, pero mientras el profesor lo crea, ello se convierte rápidamente en una especie de profecía autorealizatoria. El profesor transmite inconscientemente esta actitud al estudiante, enfatizando las capacidades de hablar y leer el idioma, que son consideradas más razonables y fáciles de obtener. Mas, de hecho, como este libro pretende demostrar, no hay nada más lejos de la realidad.

Para empezar, la escritura de los kanji es la parte más completamente racional del idioma. A lo largo de los siglos, la escritura de los kanji se ha simplificado numerosas veces, siempre teniendo en cuenta principios racionales. Aparte del *hangeul* coreano, no hay otro sistema de escritura en el mundo tan lógicamente estructurado como los caracteres sinojaponeses. El problema radica en que la utilidad de esta lógica interna no se ha sabido expresar en el campo del aprendizaje de los kanji. Al contrario, se ha ignorado sistemáticamente. Las personas que han pasado por el sistema educativo japonés tienden a apoyarse en su propia experiencia al enseñar a los demás cómo escribir. Ellos empezaron el estudio de los kanji siendo niños pequeños, con poderes de abstracción en pleno proceso de desarrollo y para los cuales la repetición constante era el único método enfocable; por tanto, no se les ha ocurrido nunca considerar una reorganización de su pedagogía para aprovechar las facilidades que tiene el estudiante de edad más avanzada con los principios generalizados.

Esta desconsideración está tan extendida que debemos reconocer que nunca hemos conocido a un solo profesor japonés que pueda decir que ha enseñado a un adulto extranjero a escribir los kanji de uso general básicos que todo aquel que haya superado el bachillerato japonés conoce. Nunca. Ni tampoco hemos conocido nunca a un adulto extranjero que pudiera declarar haber aprendido a escribir a este nivel con un profesor japonés nativo. No encontramos razón alguna para afirmar que los japoneses son los más indi-

cados para la enseñanza de la escritura solamente porque se trata, después de todo, de su idioma. Debido a la naturaleza racional de los kanji, el caso es precisamente el contrario: el profesor japonés es un impedimento para aprender a asociar los significados de los kanji con su forma escrita. La víctima evidente de los métodos convencionales es el estudiante; pero a un nivel más sutil, los profesores japoneses son también víctimas de la reconfirmación de los puntos de vista no cuestionados, puesto que incluso los más entusiastas ven cómo se les niega prematuramente su sueño de internacionalizar su idioma.

Existen aún otros problemas respecto al uso de este libro en combinación con el estudio formal en el aula. Primeramente, como hemos comentado anteriormente en esta INTRODUCCIÓN, la eficiencia del estudio de los kanji está directamente relacionada con el orden con el que se aprenden. Los cursos formales introducen los kanji según varios principios que no tienen nada que ver con la escritura. En muchos casos, la guía principal está constituida por el orden que el Ministerio de Educación y Ciencia de Japón ha determinado que los niños japoneses deben seguir para aprender los kanji desde la educación primaria hasta la secundaria. Obviamente, aprender la escritura es mucho más importante que obtener un certificado de haber superado tal o tal otro curso. Y también de forma obvia, el adulto debe conocer *todos* los kanji de uso general para que tengan alguna utilidad para él. Cuando se trata de leer materiales básicos como los periódicos, el hecho de conocer la mitad o incluso tres cuartas partes de los kanji no ofrece mucho consuelo. Por tanto, la cuestión crucial para la pedagogía no es cuál es la mejor manera de aprobar algún nivel de aptitud intermedio, sino simplemente cómo aprender *todos* los kanji de uso corriente del modo más eficiente y fiable. Para ello, los «niveles» tradicionales de aptitud en kanji son simplemente irrelevantes. Estamos convencidos de que la respuesta radica en el autoestudio, siguiendo un orden basado en el aprendizaje de todos los kanji.

No conocemos a ningún profesor de japonés que haya intentado utilizar este libro en las aulas. Sospechamos que si lo hicieran, abandonarían pronto la idea. El libro se basa en la idea de que la escritura de los kanji se puede aprender independientemente de cualquier otro aspecto del lenguaje. También se basa en la idea de que el ritmo de estudio es diferente para una persona o para otra, y en cada persona, diferente en una semana que en la siguiente. El hecho de organizar el estudio según la rutina de la instrucción por grupos es totalmente opuesto a estas ideas.

Esto nos lleva a nuestra segunda cuestión. Las razones de aislar la escritura de los kanji de su pronunciación derivan más o menos de lo que ya se ha dicho. La escritura y la lectura de los kanji se enseñan simultáneamente basándose en que una es inútil sin la otra. Y esto solo hace que surja la cuestión básica de por qué no sería mejor y más rápido enseñar una *después* de la otra, con-

centrándose en lo que para el extranjero es la tarea más simple, la escritura, y después pasar a lo más complicado, la lectura.

Solo hay que ver los progresos de los orientales no japoneses que han sido criados con los kanji para ver la lógica de dicho punto de vista. Por ejemplo, cuando los estudiantes chinos adultos se enfrentan al estudio del japonés, ya conocen el significado de los kanji y cómo escribirlos. Solo deben aprender cómo leerlos. El fabuloso progreso que realizan en comparación con sus compañeros occidentales se suele atribuir a su condición de «orientales». De hecho, la pronunciación y la gramática china tienen tanto en común con el japonés como el español y el mismo japonés. Se trata de su conocimiento del significado y de la escritura de los kanji lo que les da esa ventaja decisiva. Nuestra idea fue simplemente aprender de esta experiencia común y darles a los kanji una lectura inglesa, que luego fue adaptada al español para esta edición. Habiendo aprendido a escribir los kanji —que, repetimos, es la parte más lógica y racional del estudio del japonés—, nos encontraremos en una posición mejor para concentrarnos en el problema muchas veces irracional y sin normas de aprender cómo pronunciarlos.

En una palabra, es difícil imaginar un modo *menos* eficiente de aprender la lectura y la escritura de los kanji que estudiarlas simultáneamente. Y sin embargo, este es el método que todos los libros de texto y cursos de japonés siguen. La creencia está demasiado arraigada como para arrancarla, si no es a través de la experimentación de lo contrario.

Vale la pena decir que la mayoría de estas ideas e impresiones fueron desarrolladas tras haber aprendido yo mismo los kanji y haber publicado la primera edición de este libro. En ese momento estaba convencido de que se podían obtener aptitudes para escribir los kanji en cuatro o seis semanas si se dispusiera de todo el día para el estudio. Por supuesto, esta afirmación fue tomada con más escepticismo que esperanza entre los profesores que tenían muchísima más experiencia que yo. No obstante, mi propia experiencia al estudiar los kanji y el relativamente pequeño número de personas a las que he guiado directamente con los métodos de este libro han corroborado este cálculo, y no tengo ningún reparo en reiterarlo aquí.

LA HISTORIA DETRÁS DE ESTE LIBRO

Unas palabras acerca de cómo se llegó a escribir este libro. Empecé mis estudios un mes después de llegar a Japón sin tener absolutamente ningún conocimiento previo del idioma. Una serie de viajes por Asia retardaron mi llegada unas semanas, y por ello entré a una academia de idiomas en Kamakura y empecé a estudiar por mi cuenta sin tomar parte en el curso, que ya había empezado. Una cierta impaciencia causada por mi propia ignorancia, comparándome con la gente de mi alrededor, junto con la libertad de dedi-

carne exclusivamente a estudiar el idioma, me impulsaron a estudiar una gramática básica de introducción al japonés. Esto me proporcionó una idea general acerca de la construcción del idioma, pero, por supuesto, no me dio ningún tipo de facilidad para utilizarlo.

Tras varias conversaciones con profesores y otros estudiantes comprendí que debía empezar a estudiar los kanji lo antes posible, porque parecía que allí estaba el hueso más duro de roer. Sin tener ni idea del funcionamiento de los kanji dentro del idioma, pero habiendo encontrado mi propio ritmo, decidí —contra la opinión de casi todos los que me rodeaban— continuar el estudio por mi cuenta en vez de incorporarme a una de las clases de principiantes.

Pasé los primeros días leyendo con avidez todo lo que pude encontrar sobre la historia y la etimología de los caracteres japoneses, y examinando la gran variedad de sistemas que había en el mercado para su estudio. Fue durante esos días cuando la idea básica que yace en los cimientos de este libro surgió en mi mente. Durante las semanas siguientes me dediqué día y noche a experimentar con esa idea, que resultó funcionar lo suficientemente bien como para animarme a continuar. Antes de finalizar el mes había aprendido el significado y la escritura de 1.900 caracteres y estaba seguro de poder recordar lo que había aprendido. Poco tiempo después me di cuenta de que había ocurrido algo extraordinario.

El método que seguí se me antojaba tan simple, incluso infantil, que hasta me resultaba embarazoso hablar de él. Y todo había ocurrido tan naturalmente que no estaba preparado para la reacción que causó. Por un lado, en la escuela me acusaron de tener una memoria fotográfica de corta duración que haría que todo lo que había aprendido se desvaneciera en poco tiempo. Por el otro, había los que me instaban a poner por escrito mis «métodos» para sacar provecho de ellos. Pero me pareció que todavía me quedaba demasiado para aprender de la lengua japonesa como para permitirme el lujo de distraerme. En una semana, sin embargo, me convencieron para que, como mínimo, dejara ver mis notas. Dado que la mayoría estaban o en mi cabeza o en libretas repletas de apuntes ininteligibles o tarjetitas caseras, decidí dedicar una hora al día a escribirlo todo sistemáticamente. Esa hora pronto se convirtió en dos, luego en tres, y cuando me di cuenta lo había dejado todo a un lado para dedicarme a completar la tarea. A finales del tercer mes llevé una copia lista para la impresión a la Universidad de Nanzan, en Nagoya. Durante los dos meses que llevó preparar la impresión añadí una INTRODUCCIÓN. Gracias a la inestimable ayuda de la señora Iwamoto Keiko de la editorial Tuttle, se distribuyeron la mayoría de las 500 copias impresas en librerías de Tokio, donde se vendieron en pocos meses. A partir de ahí, empezó la historia de reediciones y reimpressiones hasta llegar al momento actual.

Tras el mes que pasé estudiando cómo escribir los kanji, no volví a repasar formalmente lo que había aprendido. (Estaba demasiado ocupado buscando

otro método para simplificar el estudio de la lectura de los caracteres, que fue completado más tarde en un libro que sigue al que tienes en las manos).¹ Cuando encontraba un nuevo carácter, lo aprendía como lo había hecho con los demás, y nunca tuve la sensación de que debía hacer un alto y volver atrás ni de que debía repetir el trabajo. Admito que el hecho de que actualmente use los kanji diariamente en mis clases, investigación y escritos es una ventaja considerable. Pero sigo convencido de que toda mi rapidez y facilidad en aprender los debo a los procedimientos descritos en este libro.

Quizás solamente los que hayan seguido el método desde el principio hasta el final puedan reconocer lo poco complicado, obvio y accesible que es para cualquier estudiante que desee invertir tiempo y esfuerzo en él. Pero aunque el método es *simple* y realmente elimina la necesidad de invertir mucho esfuerzo, hay que reconocer que la tarea no es de ningún modo *fácil*. Requiere tanta resistencia, concentración e imaginación como se le pueda dedicar.

1. *Remembering the Kanji 2: A Systematic Guide to Reading Japanese Characters* (Honolulu: University of Hawai'i Press, 13th impression, 2007), adaptado al español con el título *Kanji para recordar II* (Barcelona: Herder Editorial, 2007). Tras este tomo apareció más tarde *Remembering the Kanji 3: Writing and Reading Japanese Characters for Upper-Level Proficiency* (Honolulu: University of Hawai'i Press, 3rd impression, 2008), preparado con Tanya Sienko.

PARTE PRIMERA

Cuentos

Lección 1

EMPEZAREMOS con un grupo de 15 kanji que seguramente ya conocías antes de abrir este libro. Cada kanji cuenta con una única *palabra clave* que indica su sentido básico. Algunos de estos caracteres nos podrán servir más adelante como *componentes*, aunque en ese caso pueden tener un significado distinto del que tienen en tanto que kanji. En este punto no es necesario memorizar el significado especial que tienen dichos caracteres cuando hacen la función de componentes, pero hemos incluido algunas explicaciones adicionales precedidas por el símbolo ❖ para futuras referencias.

El *número de trazos* se indica mediante un número entre corchetes al final de cada una de las explicaciones. A continuación, ofrecemos también el *orden de escritura* trazo por trazo. Aprender cómo escribir cada uno de los kanji, trazo a trazo, en el correcto orden, es fundamental en esta primera fase del estudio de los kanji, por lo que no hay que escatimar esfuerzos en memorizar este aspecto desde el primer día. Aunque estos primeros caracteres te parezcan sencillísimos, intenta estudiarlos con un bloc de notas y lápiz bien cerca para reproducirlos a tu manera siguiendo las indicaciones de este libro. Así, te habituarás desde el primer día a hacerlo de este modo.

Para terminar comentaremos que cada una de las palabras clave ha sido escogida minuciosamente, por lo que tendrías que evitar dar cualquier otra interpretación a los kanji de esta lección para evitar confusiones más adelante.

1

uno

- En la escritura china y japonesa, el número **uno** se representa con un trazo horizontal, contrariamente al numeral romano 1, que se encuentra en posición vertical. Parece algo evidente decir que se escribe de izquierda a derecha. [1]

—

- ❖ Cuando funciona como componente, este carácter pierde el significado clave al ser demasiado abstracto para resultar útil. Así, esta única línea horizontal adquiere el significado de *suelo* o de *techo* según su posición: si se encuentra

encima de otro componente, toma el significado de *techo*; si está debajo, de *suelo*.

2

dos

一
一一

Al igual que en el caso de los numerales romanos, en el que el numeral II duplica al numeral I, el kanji de **dos** es una simple duplicación del trazo horizontal que significa *uno*. El orden de escritura va de arriba abajo. El primer trazo es un poco más corto que el segundo. [2]

一 一一

3

tres

一
一一
一一一

Y una vez más, al igual que en el caso del numeral romano III, que triplica al numeral I, el kanji de **tres** simplemente triplica un único trazo horizontal. Cuando escribas este carácter, quizás te sirva pensar en un bocadillo cuidadosamente preparado para no ensuciarte las manos: el contenido (el trazo del medio) debe ser más pequeño que las rebanadas de pan (trazos superior e inferior). Así, el trazo de en medio de este kanji es más corto que los otros dos. [3]

一 二 三

4

cuatro

㇀

Este carácter está formado por dos componentes, *boca* 凵 y *piernas* 儿, componentes que encontraremos en próximas lecciones. Supondremos que ya conocías de antes los números del 1 al 10, por lo que aplazaremos el «cuento» de este carácter hasta más adelante.

Observa que el segundo trazo se escribe de izquierda a derecha y luego de arriba abajo. Esto concuerda con lo que hemos visto antes sobre los tres primeros números y nos permitirá establecer una norma general que debes tener siempre muy presente al escribir caracteres más complicados: ESCRIBE DE NORTE A SUR, DE OESTE A ESTE, DE NOROESTE A SUDESTE. [5]

1 ㇀ ㇁ ㇂ ㇃ ㇄